

Compiladora: Narda Henríquez

Castillo / Del Castillo

De la Cadena / Holmquist

Mc Evoy / Muñoz

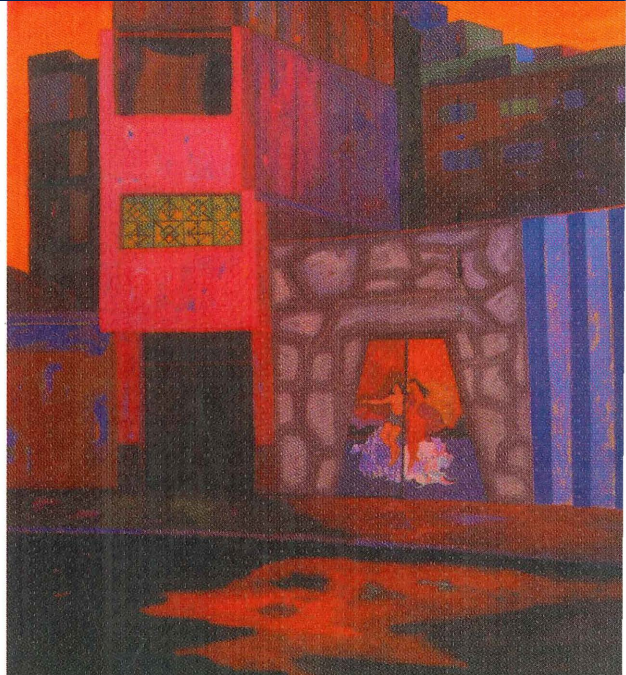
Vergara / Velázquez

ESTATUS SOCIAL, GÉNERO
Y ETNICIDAD EN
LA HISTORIA PERUANA

EL HECHIZO DE LAS IMÁGENES

Capítulo 5

PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL PERÚ
FONDO EDITORIAL 2000



Primera edición: noviembre 2000

El Hechizo de las Imágenes

Pintura de carátula: *Maniquis*, 1996 de Enrique Polanco

Copyright© 2000 por Fondo Editorial de la Pontificia
Universidad Católica del Perú, Av. Universitaria,
cuadra 18, San Miguel. Apartado 1761, Lima 100,
Perú. Telfs. 462-6390, 462-2540, anexo 220

Prohibida la reproducción de este libro por cualquier
medio, total o parcialmente, sin permiso expreso de los
editores

Depósito legal: 1501012000-3383

ISBN: 997-42-360-3

Impreso en el Perú

“BELLA LIMA YA TIEMBLAS LLOROSA
DEL TRIUNFANTE CHILENO EN PODER”:
UNA APROXIMACIÓN A LOS ELEMENTOS
DE GÉNERO EN EL DISCURSO
NACIONALISTA CHILENO

Carmen Mc Evoy

La historia nos ha sido relatada cuidadosamente por el historiador chileno Gonzalo Bulnes. El escenario, un hospital de campaña en las afueras de Lima. Los actores principales, el general chileno Patricio Lynch y el almirante francés Du Petit Thouars. El corifeo, un grupo de soldados peruanos y chilenos heridos. El momento de clímax, Lynch formulando la pregunta crucial: “¿Y para qué tomó parte en estas batallas?” La respuesta dada por un par de peruanos “por don Nicolás”, “por Don Miguel”. La respuesta contundente de un soldado chileno, consignada entre signos de admiración por Bulnes, “¡Por mi patria, mi general!” La moraleja de la historia, el comentario incisivo de Lynch a Du Petit Thouars: “Por eso hemos vencido. Unos se batían por su patria, los otros por don fulano de tal”.¹

La fuerza de la historia narrada por Bulnes y repetida innumerables veces tanto por chilenos como por peruanos residió en su simpleza y en la presencia en ella de un testigo de excepción: el almirante Du Petit Thouars. El marino francés, al que se señala como el intermediario a favor de los peruanos con el fin de evitar el bombardeo de Lima, era un personaje

¹ Gonzalo Bulnes, *Historia de la Guerra del Pacífico* (Santiago, 1911-1919), T. II, p. 699.

respetado y querido en el Perú. Su presencia en el relato dio, a no dudarlo, una dosis de legitimidad a la narrativa moralizante que Bulnes articuló algunos años después que la guerra terminó.²

La existencia de la nación chilena y la no existencia de la nación peruana, mito explotado exitosamente por la historiografía chilena, y abrazado incluso sin mayor cuestionamiento por algunos historiadores peruanos, ha sido percibido como causa principal del “desastre de 1879”.³ A pesar de lo artificial y simple del relato de Bulnes, ya que en total son solo tres los soldados entrevistados por Lynch, dicha fabricación historiográfica ha resistido exitosamente, y sin mayores críticas, los embates del tiempo.⁴ Parafraseando a Hayden White, es posi-

² El relato de Bulnes, publicado entre 1911-1919, fue muy cuestionado por algunos autores chilenos debido a su posición pro-civil. Uno de ellos fue Hector Williams, el hijo del Vice-Almirante Williams Rebolledo, quien escribió un libro aclarando a Bulnes y reivindicando a su padre. Para este punto véase: Hector Williams, *El Vice-Almirante Don Juan Williams Rebolledo ante la Historia*, (Valparaíso, 1882).

³ Heraclio Bonilla en *Un siglo a la deriva: Ensayos sobre el Perú, Bolivia y la Guerra* (Lima, 1980), se adscribió al paradigma de la inexistencia de la nación peruana como una de las causas de la derrota frente a Chile. Su posición fue cuestionada hace algunos años por Florencia Mallon y Nelson Manrique. Para una aproximación a la discusión anterior véase: Heraclio Bonilla, “The Indian Peasantry and Peru during the War with Chile” y Florencia Mallon, “Nationalist and Antistate Coalitions in the War of the Pacific”, en Steve Stern, *Resistance, Rebellion and Consciousness in the Andean Peasant World, XVIIIth to XXth Centuries*, (Madison, 1987), pp. 219-231 y pp. 232-279.

⁴ Alfredo Jocelyn Holt ha cuestionado en un trabajo reciente el esencialismo del nacionalismo chileno al afirmar que el mismo no puede ser concebido como una mentalidad profunda, asentada y colectiva. En primer lugar, porque es un fenómeno temprano. Más aun, es un instrumento básicamente político. Jocelyn-Holt sostiene que el éxito obtenido por el nacionalismo en Chile no parece radicar en que fuera una variante mejor pensada sino por la existencia de factores que no tienen nada que ver con el nacionalismo: el carácter compacto del territorio, la ausencia de fuerzas regionales que conspiran contra la centralización, la homogeneidad racial,

ble afirmar que el nacionalismo chileno es real no porque efectivamente existió sino porque primero fue recordado y, segundo, fue capaz de encontrar un lugar en una secuencia ordenada cronológicamente.⁵ En efecto, para Alberto del Solar, oficial del ejército chileno que peleó en San Juan y en Miraflores, la nacionalidad de un pueblo estaba constituida por “la memoria del pasado”.⁶

El proceso de construcción del nacionalismo chileno y la función que en dicho proceso cumplieron los historiadores, periodistas y numerosos soldados-cronistas que entendieron a la guerra no solo como una acción militar sino como un gran relato patriótico, es un punto que merece más atención que la que ha recibido. Diversos autores han subrayado la importancia de la tradición en la configuración de una comunidad nacional; en el proceso de construcción de una identidad nacional resulta crucial la relación entre el presente y el pasado. Dicha relación debe de ser entendida, al menos en parte, como imaginaria, es decir, mediada por la reconstitución continua y selectiva de las tradiciones y de la memoria social. En este proceso, en el que los productores culturales sirven de constructores activos de la identidad nacional, juegan un papel impor-

una iglesia relativamente débil, y una sorprendentemente quieta población en el mundo de la hacienda, ayudaron a acomodar el nacionalismo en Chile. Por lo tanto, no es que Chile haya sido más nacionalista que otros países, sino que allí fue bastante más fácil que el nacionalismo operara. Alfredo Jocelyn Holt, *El peso de la noche: nuestra frágil fortaleza histórica*, (Santiago, 1997), p. 44.

- ⁵ Hayden White, *The Content of the Form: Narrative Discourse and Historical Representation* (Baltimore and London, 1987), p. 20. Para la importancia de la memoria en el mantenimiento de las tradiciones comunitarias véase Michael Kammen, *The Mystic Cords of Memory: The Transformation of Tradition in American Culture* (Nueva York, 1991) y *A Season of Youth. The American Revolution in the Historical Imagination*, (Ithaca, 1978).
- ⁶ Para Del Solar “el heroísmo de los hidalgos” no era más que el “recuerdo evocado en la descendencia”. Alberto del Solar, *Diario de campaña: Recuerdos íntimos de la Guerra del Pacífico*, (Buenos Aires, 1967), pp. X-XI.

tante las instituciones y prácticas culturales a través de las cuales se forja la cadena de identidad entre el pasado y el presente.⁷

El relato nacionalista celebrado por Gonzalo Bulnes años después de finalizada la guerra está inserto en el proceso intelectual chileno del siglo XIX de construcción de su propia identidad. Mediante la articulación de una cadena de recuerdos, una práctica intelectual que a lo largo de dicho siglo recreó en Chile las viejas tradiciones heroicas y los ideales de la “Patria Vieja”, se crearon los soportes culturales del nacionalismo que la guerra se encargó de reforzar. Las palabras de uno de los más influyentes directores de la contienda bélica entre Chile y Perú, Eulogio Altamirano, corroboran nuestro argumento de que la guerra, al permitir proyectar al imaginario colectivo un relato poblado de poderosos símbolos patrióticos, colaboró en reforzar el sentimiento nacionalista en el país del sur:

La guerra cuyo término natural ya divisamos, tendrá un poema por historia. Ante las glorias en ella alcanzadas casi se eclipsan las glorias de nuestro pasado. Chacabuco y Maipu fueron las proezas de una infancia fuerte; Matucana y Yungay fueron las proezas de una adolescencia robusta. Pisagua y San Francisco, Tacna y Arica, Chorrillos y Miraflores, son obras de una sana virilidad. Con las primeras se echaron los cimientos de la nación; con las últimas se ha coronado el grandísimo edificio que necesitaba brazos de gigante para su elevación. Habéis sido

⁷ Philip Schlesinger on “National Identity: Some Conceptions and Misconceptions Criticised”, *Social Science Information*, 26, No 2, (1987): pp. 219-264; H.K. Bahbha, *Nation and Narration* (Londres, 1990); P. Hutton, *History as an Art of Memory*, (Hannover and Londres, 1993. Para una interesante discusión teórica sobre el tema: Karen Sanders, *Nación y tradición: Cinco discursos en torno a la nación peruana, 1885-1930*, (Lima, 1997), pp. 101-110.

los fundadores de la gran patria chilena y tenéis el deber de consolidar vuestra obra haciéndola indestructible.⁸

Cabe señalar que tanto durante la época en que se pronunciaron las palabras anteriores, como en los años en que Bulnes publicó su *Historia de la Guerra del Pacífico*, el concepto de “la Patria” estaba siendo seriamente amenazado por la crisis económica y el descontento social reinante en Chile. Quiero señalar que este ensayo es tan solo una primera aproximación a una investigación más amplia y de largo aliento sobre el nacionalismo chileno. Los contenidos de género en el discurso nacionalista, el concepto de la virilidad chilena aludido por Altamirano frente a la noción de lo femenino limeño descrita por los soldados-cronistas cuyos escritos discutiremos más adelante, constituyen los aspectos centrales del presente análisis.

EL MARCO TEÓRICO

Se ha sugerido con suficiente sustento teórico que las sociedades son en alguna medida la suma total de sus historias de guerra. Y es que la guerra es el espacio propicio para la cristalización de las relaciones sociales y culturales. Al enmarcar modos de discurso, los que se vuelven prominentes al punto de parecer muy simplistas —“Por mi patria mi General”, por ejemplo—, la guerra colabora en la cristalización de las identi-

⁸ “Discurso pronunciado por Altamirano en el banquete de camaradería el 24 de enero de 1884 en el Palacio de Gobierno de Lima”, citado por Francisco Machuca en *Las cuatro campañas de la Guerra del Pacífico* (Valparaíso, 1929), T.III, p. 412. El senador Adolfo Ibañez, en un mitin realizado a pocos días de la declaratoria de la guerra, afirmó que se estaba dando inicio a una guerra “más grande” que la de la independencia, manifestando su confianza en el valor chileno que era, en sus palabras, igual al que “en 1818 libertó a Chile del león de Iberia”. Hector Williams, *El Vice-Almirante Don Juan Williams Rebolledo ante la Historia* (Valparaíso, 1882), p. 142.

dades sociales. La guerra, asimismo, destruye y trae a la vida a hombres y mujeres como identidades particulares mediante la canalización de su energía y el otorgamiento *de un permiso para narrar*. En particular, la guerra permite lograr este efecto formalizando la noción de una identidad colectiva. Al convertirse en propiedad cultural de las gentes, la guerra se transforma en un sistema de signos que se lee sin mucho esfuerzo debido a lo familiar que resulta para la audiencia.⁹

Es a partir de un análisis de la discusión anterior, que ve el enfrentamiento bélico de 1879 como una narrativa modeladora de identidades sociales, que surge mi interés de explorar la Guerra del Pacífico desde el campo de la Historia Cultural.¹⁰ La Guerra del Pacífico como el gran relato de la

⁹ Jean Bethke Elkstain. *Women and War*, (New York, 1987), p. 167.

¹⁰ A partir de la década de 1980 tanto los marxistas como los analistas han incrementado su interés en la historia cultural. Uno de los pioneros, E. P. Thompson, rechazó explícitamente la metáfora infraestructura-superestructura y se dedicó al estudio de lo cultural, lo que denominó las mediaciones morales, “la manera como las experiencias materiales son manejadas de forma cultural”. Dentro del contexto anterior, la historia cultural intenta descifrar los significados inscritos por los actores históricos. El desciframiento de significados más que la inferencia de leyes de causalidad, es la tarea fundamental de la Historia Cultural. Su meta es el desentrañar los procesos en los que se forjan las identidades colectivas. Esto no quiere decir que en la obsesión de encontrar significado y orden se oscurezca la existencia del conflicto y la lucha. La interpretación de Geertz, su comprensión literaria del significado, *la construcción del significado como un texto que puede ser leído* ha remodelado la dirección de la reflexión antropológica. De la misma manera, Pierre Bordieu, al estudiar la lógica específica de los bienes culturales, ha enriquecido la discusión. El mostrar que el modo de expresión característico de un producto cultural depende de las leyes del mercado al que el producto va dirigido ha provisto de pragmatismo a la discusión sobre el discurso. Otro punto explorado por la Historia Cultural es el uso del lenguaje como metáfora. Lynn Hunt analiza el uso del lenguaje político como instrumento retórico para construir un sentido de comunidad al mismo tiempo que establece nuevos espacios de conflicto social, político y cultural, que permite operar, al mismo tiempo, a la unidad y la diversidad. Los estudios de mujeres y de género están a la

nación chilena, uno que se va escribiendo en los campamentos militares, en las oficinas de redacción de los periódicos y en los escritorios de los historiadores, es un aspecto que me parece importante abordar. Mi percepción de la guerra como representación y relato intertextual busca descubrir la participación en el mismo de voces y actores múltiples con líneas y guiones en muchos casos variables y hasta incluso discordantes. Este ensayo es producto de un primer vaciado de información a partir del análisis del discurso de un puñado de soldados-cronistas y de periodistas como el autor de *Bajo la tienda*, Daniel Riquelme¹¹. Debemos recordar que la crónica fue una especie

vanguardia de los estudios culturales. Carroll Smith-Rosenberg explora la manera cómo el género canalizó el impacto del cambio social y la experiencia y el ejercicio del poder. Para ella la dialéctica entre *lenguaje como espejo social* y *lenguaje como agente* residen en el centro de su análisis. Por otro lado, Joan Scott, al unir en su análisis el discurso y sus motivaciones, ha influenciado grandemente en los estudios de género. Para un mayor acercamiento a la discusión anterior véase: Lynn Hunt Ed. *The New Cultural History*, (Berkeley, Los Angeles and London, 1989). Para una aproximación específica a los autores mencionados: E. P. Thompson, *The Making of the English Working Class*, (London, 1963); Clifford Geertz, *The Interpretation of Cultures*, (New York, 1973); Pierre Bordieu, *Language and Symbolic Power* (Cambridge, 1991; Lynn Hunt, *Politics, Culture, and Class in the French Revolution*, (Berkeley and Los Angeles, 1984); Carroll Smith-Rosenberg, *Disorderly Conduct: Visions of Gender in Victorian America*, (New York, 1985); Joan Scott, *Gender and the Politics of History*, (New York, 1988).

¹¹ Los relatos que analizo a lo largo del trabajo son los siguientes: Alberto del Solar, *Diario de campaña: Recuerdos íntimos de la Guerra del Pacífico*, (Buenos Aires, 1967); Ruperto Marchant Pereira, *Crónica de un capellán de la Guerra del Pacífico: Apuntes del capellán de la Primera División Don Ruperto Marchant Pereira, 1879-1881*, (Santiago, 1959); Y. Pino Saavedra, *Crónica de un soldado de la Guerra del Pacífico con un estudio dialectológico y notas históricas* (Santiago, 1950); Justo Rosales, *Mi campaña al Perú, 1879-1881*, (Concepción, 1984); Antonio Urquieta, *Recuerdos de la vida de campaña en la Guerra del Pacífico por Antonio Urquieta Oficial del Ejército de Operaciones*, (Santiago, 1907); J. E. Lopez, *Mis Recuerdos de la Guerra del Pacífico*, (Santiago, 1910); Arturo Benavides, *Seis años de vacaciones: Recuerdos de la Guerra del Pacífico, 1879-*

muy popular durante los años de la Guerra del Pacífico. Guillermo Feliú Cruz ha mencionado la extraordinaria circulación de información que se dio desde el frente bélico a las ciudades, y el mercado que existía para dicha información. Los soldados, señala Feliú, anotaban sus experiencias, guardándolas para ver si alguien, más adelante, les daba forma literaria y las adaptaba al gusto de un público ávido de noticias. Existía, en la mayoría de aquellos aprendices de narradores —algunos de cuyos trabajos analizaremos—, la noción de que estaban haciendo y, a la vez, escribiendo la historia, y que esta tenía un potencial mercado de lectores.¹²

Antes de proseguir la discusión cabría formularse la siguiente pregunta: ¿es este nacionalismo, que aflora y se expresa durante la guerra, un producto de reciente manufactura o es que la guerra permitió articular de manera más clara y precisa un sentimiento que se encontraba latente en el seno de la sociedad chilena? Cabe anotar que en la década de 1860 se da una exacerbación del nacionalismo panamericano cuyos momentos estelares son: el Congreso Panamericano en Lima en 1864, la respuesta de Latinoamérica a la invasión francesa a México, el Combate del 2 de mayo en las costas del Pacífico y la repatriación de los restos de O'Higgins. Opinamos que la eclosión de nacionalismo mostrada en el transcurso de la Guerra del Pacífico es un desarrollo epigonal de los acontecimientos de la década de 1860. El arreglo de límites con Argen-

1884, (Santiago, 1925); Lucio Venegas, *Sancho en la Guerra: Recuerdos del Ejército en la campaña al Perú y Bolivia*, (Santiago, 1885); *Discursos y poesías del presbítero D. Esteban Muñoz Donoso con ocasión de la Guerra del Pacífico en 1879, 1880, 1881*, (Santiago, 1881); Daniel Riquelme, *Cuentos de la Guerra y otras páginas*, (Santiago, 1931); Francisco Machuca, *Las cuatro campañas de la Guerra del Pacífico* (Valparaíso, 1929).

¹² La conexión entre mercado y producto cultural explorada por Bordieu ha sido analizada para el caso de los Estados Unidos de principios de siglo por Richard Ohmann, *Selling Culture: Magazines, Markets and Class at the Turn of the Century*, (London, 1998).

tina y las discusiones que le sucedieron dan cuenta que durante la década de 1870 la noción de un nacionalismo continental empieza a diluirse en Chile, dando lugar a una definición más específica de lo exclusivamente chileno.¹³

Susan Jeffords sostiene que la guerra no crea identidades colectivas sino que provee de un *forum* para articular identidades existentes que se hallan de manera implícita en el sistema de dominio y de poder patriarcal. En realidad, la guerra no crea identidades dentro del sistema patriarcal, sino que permite su negociación y articulación. La guerra no puede producir algo que no está en la sociedad. En consecuencia, la guerra debe de ser vista como propulsora de sistemas que ya estaban funcionando en las estructuras patriarcales, y como una focalización de tensiones que se encontraban operando previamente. En los momentos en que el orden social parece fluido e inestable —el Chile de la post-depresión de 1874, por ejemplo—, la guerra aparece como la arena donde un orden social es experimentado como un medio de restablecer el balance social perdido.¹⁴

EL NACIONALISMO CHILENO COMO OBJETO DE ESTUDIO

Luego de clarificar mi aproximación teórica al problema, y antes de pasar a desarrollar la parte empírica de este ensayo, quisiera explicar por qué considero que el tema del nacionalismo chileno resulta importante. Primero, quiero anotar lo poco que se conoce sobre la construcción del nacionalismo chileno a pesar de lo relativamente fácil que resulta acceder a las fuentes primarias que permiten el seguimiento de un proceso que es considerado, en comparación con otras

¹³ Mario Barros, *Historia diplomática de Chile, 1541-1938*, (Barcelona, 1970), pp. 174-178 y 195-199.

¹⁴ Susan Jeffords, *The Remasculinization of America: Gender and the Vietnam War* (Bloomington and Indinapolis, 1989), p. 183.

experiencias en Latinoamérica, como relativamente exitoso. En la década de 1930, debido a que una versión de dicho nacionalismo fue promovida por el Estado y por sus círculos intelectuales —“los balances patrióticos” de Vicente Huidobro son ejemplos de esta tendencia—, el gobierno de Ibañez auspició la publicación de muchas fuentes primarias.¹⁵ En efecto, una parte importante del material necesario para un trabajo como el que propongo (narrativa de soldados e historias de la guerra en sus diferentes versiones) ha sido publicado e incluso reeditado en Chile. La segunda razón de la relevancia del tema guarda relación con la claridad del discurso intelectual chileno y con lo prolífico de su historiografía; una que, como la desarrollada por Bulnes, resultó siendo funcional a la causa nacionalista, y que a decir de Menéndez y Pelayo pudo competir, en el temprano siglo XX, con la “Roma de Momssen” o incluso con la de Grecia de “Curtius y Grote”.¹⁶ El papel que desempeñaron los intelectuales chilenos en la construcción y difusión del pensamiento nacionalista durante la guerra, en especial el periodista e historiador Benjamín Vicuña Mackenna, debió de estar conectado al fortalecimiento de la “República de las Letras”, a la que se refirió Andrés Bello en el discurso de inauguración de la Universidad de Chile, y a la tradición

¹⁵ Jocelyn Holt opina que “si en Chile de este siglo hay un período histórico forjador, este ha sido la década de los 30 [...] los años 30 operan como bisagra, en un caso mirando hacia atrás y en el otro mirando hacia adelante, pero igual, actuando como imán inmóvil” (Jocelyn Holt, Prólogo a *La literatura histórica chilena y el concepto actual de la historia*, (Santiago, 1997).

¹⁶ “No hay rincón de la historia, dice Menéndez Pelayo, que los chilenos no hayan estudiado, ni papel de sus archivos y de los nuestros que no impriman e ilustren con comentarios. Chile, colonia secundaria durante la dominación española, tiene historias más largas que la de Roma de Momssen, más largas que las de Grecia por “Curtius y Grote”, citado por Francisco Encina, *La literatura histórica chilena*, p. 42. Para los usos de la historia por la intelectualidad chilena véase: Allen Woll, *A Functional Past: The Uses of History in XIXth Century Chile*, (Louisiana University Press, 1982).

cultural relacionada con dicha República, una que en palabras de Juan Egaña convertiría a Chile en la “ciudad de la sabiduría”.¹⁷ Un espacio simbólico donde los intelectuales ocuparían un lugar especial en la definición de lo nacional.¹⁸

El trabajo de David Brading sobre el nacionalismo mexicano inauguró la discusión reciente sobre el nacionalismo en Latinoamérica.¹⁹ Sin embargo, a pesar que Chile constituye un modelo exitoso de nacionalismo, uno que por su especificidad difiere claramente del caso mexicano, no hay trabajos recientes sobre la dinámica que tuvo la forja del nacionalismo en dicho país. Chile ofrece al investigador un caso sumamente interesante: la construcción de un nacionalismo, de perfil más bien bajo, sin la espectacularidad ni la estridencia del nacionalismo mexicano. Salvo el puñado de guerras civiles que cruzan el siglo XIX, en Chile no hay una revolución violenta y prolongada —hasta la militar de 1973—, que haya desembocado en la refundación del Estado chileno. La discreción en las prácticas político-intelectuales, si podemos llamarla de alguna manera, ha determinado que el nacionalismo chileno, como construcción cultural, haya pasado desapercibido para los investigadores extranjeros y relegado a un segundo plano por la intelectualidad chilena.²⁰

¹⁷ Resulta interesante señalar como Juan Egaña sostuvo en 1894 que Chile era el lugar ideal para crear la ciudad de la sabiduría. Por su misma lejanía, por la ausencia de profundos conflictos, por su naturaleza, era el país que tenía predisposición para desarrollar el conocimiento, citado por Sol Serrano en *Universidad y nación: Chile en el siglo XIX*, (Santiago, 1993), p. 29.

¹⁸ Smith sostiene que son los intelectuales quienes han propuesto y elaborado los conceptos y el lenguaje de la nación y del nacionalismo, y quienes se han hecho eco, con sus reflexiones e investigaciones, de las aspiraciones más amplias que han transmitido con las imágenes, los mitos y los símbolos más convenientes., Anthony Smith, *National Identity*, (Londres, 1991), p. 85.

¹⁹ David Brading, *The Origins of Mexican Nationalism*, (Cambridge, 1985).

²⁰ Un factor de política interna ha colaborado al relegamiento del tema. La carga afectiva que para los intelectuales chilenos, especialmente los de la izquierda, implica el estudio del nacionalismo ha circunscrito la discusión del tema al campo conservador. En efecto, el estudio del nacionalismo

Este trabajo intenta explorar el proceso de construcción del nacionalismo chileno incidiendo en el análisis de sus características de género. El nacionalismo cultural de corte republicano-liberal, que fue tomando cuerpo en Santiago a partir de 1840, pudo expresarse masivamente durante la guerra. La guerra, como espectáculo público en el que participaron todos los sectores sociales desde “el futre hasta el roto”, se convirtió en el espacio comunitario en el cual se articuló el pensamiento nacionalista de corte civilizador y moralizante; sirviendo por primera vez desde su concepción como elemento de cohesión

chileno fue hasta época reciente monopolio de la derecha. Si no cabe recordar la celebración que llevó a cabo la dictadura de Pinochet del centenario de la Guerra del Pacífico, *Historia ilustrada de la Guerra del Pacífico, 1879-1884. Edición patrocinada por el general Augusto Pinochet Ugarte y dirigida por Hernan García Vidal*, (Santiago, 1979). En efecto, los militares se apropiaron por muchos años del discurso nacionalista. Es probable que por esta razón los intelectuales de izquierda no se asociaran con los nacionalistas y con sus discursos intelectuales. Me aventuro a decir que existe cierto pudor, entre la intelectualidad chilena, de reconstruir un proceso en el que asoman ribetes de racismo y de sexismo. Sin embargo, trabajos actuales están revisando y revaluando el paradigma nacionalista de corte patriarcal y autoritario sobre el que se ha asentado nuestro vecino del sur. El éxito editorial del libro de Tomás Moullain, *Chile actual: Anatomía de un mito* (Santiago, 1997) es un ejemplo del revisionismo en el que se ha embarcado la intelectualidad chilena. Sin embargo, a pesar de esfuerzos como los anteriores y alguno que otro trabajo aislado —el clásico trabajo sobre la independencia de Simon Collier, el reciente revisionismo historiográfico de Jocelyn-Holt, el libro de Sol Serrano sobre el papel que la educación desempeñó en el proceso o el trabajo sobre nacionalismo económico de Luis Ortega—, falta aún un largo trecho para desbrozar el camino que nos permita entender, desde el campo de la Historia de la Cultura, el proceso de formación del nacionalismo chileno. El mismo tiene, a mi entender, su punto de clímax en los años previos y durante la Guerra del Pacífico.

El trabajo de Julio Pinto “¿Patria o Clase? La Guerra del Pacífico y la reconfiguración de las identidades populares en el Chile Contemporáneo” (Ponencia presentada en la *XV Jornadas de Historia Económica* organizadas por la Asociación Argentina de Historia Económica y la Universidad Nacional del Centro de la provincia de Buenos Aires, Tandil 1996) ha refrescado la discusión sobre la dimensión cultural de la guerra.

social. Cabe resaltar que el nacionalismo chileno auroral, de difícil llegada a los sectores populares, logró un mejor acceso a aquellos cuando incorporó los rasgos de emotividad, drama²¹ y erotismo, propios del popular género del folletín. En efecto, en el discurso nacionalista exaltado durante la guerra convergieron dos formas contradictorias de expresión prevalecientes en la época: el folletín y la crónica moralizante. El encuentro entre ambos, en las páginas de los diarios de circulación masiva, dio lugar a un discurso nacionalista de características populares aunque ambivalentes. El gran alquimista del discurso plebeyo y el patricio fue Benjamín Vicuña Mackenna. Al lograr mezclar los dos géneros, el del folletín y el de la hagiografía,²² Vicuña, quien fue simultáneamente periodista e historiador, hizo realidad el sueño de los liberales. Este fue, desde los años del cenáculo santiaguino en el que participó Domingo Faustino Sarmiento, el poder lograr articular un lenguaje nacionalista con una suficiente llegada a los sectores populares.²³

²¹ El siguiente extracto de poema "No soltéis el Morro" compuesto por Vicuña Mackenna, ampliamente difundido desde las páginas del diario *El Mercurio* muestra la vena dramática del discurso nacionalista chileno: "No soltéis el Morro, ni el valle de Azapa, que es su granero prodigioso, porque si tal hicierais, la sombra de los que pelearon y murieron en el valle de Tacna con Santa Cruz, y en la cúspide del Morro con San Martín, se levantarían de sus sangrientos fosos y empuñando sus rifles os gritarían desde la eternidad con roncas voces. ¡No soltéis el Morro! ¡No soltéis el Morro!".

²² Justo Arteaga Alemparte señala que más que ser un diarista, Vicuña es "un folletinista brillante, divertido, inagotable". El genio del folletín es "la loca de su hogar, manda, inspira, inscribe las mejores páginas de sus artículos, sus folletos y sus libros." (Guillermo Feliú Cruz, *Las obras de Vicuña Mackenna*, (Santiago, 1932), p. 27. Para una aproximación al género del folletín que tuvo gran aceptación durante la guerra ver: Ramón Pacheco, *La chilena mártir o los revolucionarios del litoral*, (Iquique, 1883), *Las hijas de la noche*, (Iquique, 1883), *La generala Buendía*, (Santiago, 1885), *Los héroes del Pacífico o aventuras de la ex-general Buendía*, (Santiago, 1887). De Arturo Givovich, *El vigor de la corneta*, (Valparaíso, 1887) y de Enrique del Solar, *Dos hermanos*, (1883).

²³ Sobre la posición de Sarmiento frente al proceso de integración cultural en

Siguiendo la propuesta de Alfredo Jocelyn Holt, opino que el nacionalismo esencialista aludido por el general Lynch en su conversación con Petit Thouars fue una creación de ingeniería social promocionada en una esfera político-cultural equidistante y autónoma tanto de la esfera estatal como de la sociedad tradicional.²⁴ El nacionalismo chileno, que comienza a tomar fuerza durante la etapa de la Independencia, se va definiendo a mediados del siglo XIX, tiene su momento de eclosión emotiva en 1869 durante la repatriación de los restos del “Padre Fundador” de la nación chilena, Bernardo O’Higgins, y logra alcanzar niveles de difusión masiva en el marco de la Guerra del Pacífico; se fue forjando en un ambiente crecientemente *dialogal*. Este espacio que supuso una esfera discursiva autónoma, proveyó a los historiadores oficiales y no oficiales, los escritores, poetas y periodistas, de un permiso para narrar.²⁵

La guerra, a no dudarlo, colaboró en el proceso de fortalecimiento de la joven identidad nacional chilena ayudando, mediante la creación de un “mapa cognitivo” del frágil mundo nacional que se estaba forjando, a cristalizar “moralidades significativas”,²⁶ unas capaces de ser emuladas por la colectividad en su conjunto. El caso del héroe Arturo Prat es el ejemplo más notable del proceso de creación de patrones de

Chile ver: Luis Alberto Romero, *¿Qué hacer con los pobres en Chile? Elite y sectores populares en Santiago de Chile*, (Buenos Aires, 1997) pp. 45-58.

²⁴ Jocelyn Holt, *El peso de la noche*, pp. 39-49.

²⁵ A pesar de que estamos de acuerdo con el argumento de Góngora en torno a la influencia del Estado en la forja del nacionalismo chileno, creemos que en la guerra se conjugan voces disonantes, patricias y populares, que intentan articular su interpretación de lo que debía de ser la nación. Lo disímil de los discursos salta a la vista al observar el contenido erótico de los folletines de la guerra, de gran aceptación popular, frente a lo moralizador de las biografías (casi hagiografías) publicadas por Vicuña. Para un acercamiento al argumento de Góngora ver su *Ensayo histórico sobre la noción de Estado en Chile en los siglos XIX y XX*, (Santiago, 1981).

²⁶ Smith, *National Identity*, p.71

comportamiento para la clase media.²⁷ La guerra permitió, asimismo, una mejor distribución del mensaje nacionalista al promocionar un mensaje integrador en los espacios en que se predicó. Dichos espacios, en los que periodistas, intelectuales, políticos y curas trataron de concientizar a los miembros de las diferentes clases sociales, fueron los periódicos, los púlpitos de las iglesias, las plazas y los lugares de embarque de la tropa. El proceso anterior, uno de abierta campaña propagandística en favor de “la patria”, sirvió para integrar a una sociedad que para mediados de 1870 intentaba definirse a sí misma, o a decir del historiador chileno Julio Ortega, se encontraba atravesando “la crisis de identidad más profunda de su historia”.²⁸ De que el nacionalismo chileno era de reciente factura, y que servía como muro de contención a numerosos problemas no resueltos en Chile, pueden dar cuenta no solo la insubordinación de la tropa chilena durante los sucesos de Chorrillos, sino, también, los conflictos étnicos y regionales, y el comportamiento permisivo al interior del ejército de ocupación.²⁹

²⁷ Esta clase, debido a la crisis de 1874, vio amenazada su existencia y su estatus de “decencia”. Para una aproximación a la construcción de la figura de Arturo Prat como héroe mesocrático véase: William Sater, “Arturo Prat, símbolo de ideales nacionales ante la frustración chilena”, en Hernan Godoy, Ed., *Estructura social de Chile*, (Santiago, 1971).

²⁸ Luis Ortega, “Nitrates and Chilean Entrepreneurs and the Origins of the War of the Pacific” en *Journal of Latin American Studies*, n.º 16, 1984, pp. 337-380.

²⁹ En relación a la violencia y desacato de la tropa chilena exhibida en Chorrillos, la que desdijo la disciplina y unidad de la que hacía gala Lynch, resulta interesante escuchar el siguiente comentario de Vicuña Mackena: “Los jefes chilenos echaron lamentablemente en olvido en aquel día una propensión irresistible en la sangre araucana que prevalecía al menos en los 2/3 de las filas; porque es sabido que cuando los aborígenes celebran sus orgías de placer o de victoria, sus mujeres invariablemente esconden las armas de los guerreros, porque saben que una vez turbada la razón, se acometen y se matan implacablemente entre sí”, Vicuña Mackenna, *Historia de la campaña de Lima*, (Santiago, 1881), p. 1020. Un acercamiento a la irresuelta “cuestión social” en Chile y a las tensiones que provocó al interior del cuerpo social es la provista por Luis Alberto Romero en *¿Qué*

En el apartado siguiente me propongo analizar el discurso de los soldados-cronistas de la guerra teniendo en consideración los componentes racistas y de género que caracterizaron su narrativa. Cabe anotar que si bien los soldados-cronistas no fueron, salvo el periodista Daniel Riquelme, intelectuales renombrados; sus múltiples voces proyectaron ciertos temas fundamentales en la discusión nacionalista. En efecto, los grandes temas registrados por los soldados-cronistas —la virilidad chilena, por ejemplo—, son un reflejo de lo que se discutió en la esfera pública santiaguina. Por otro lado, al propiciar un espacio dialogal y un permiso para narrar, la guerra democratizó el campo intelectual.³⁰

LA EROTIZACIÓN Y FEMINIZACIÓN DE LIMA EN EL DISCURSO NACIONALISTA CHILENO

En uno de los cuentos que el periodista Daniel Riquelme publicó en una colección que años más tarde apareció como

hacer con los pobres? Para una colección de fuentes primarias sobre el tema del espinoso conflicto social, en el siglo XIX, situación que pone en entredicho la tan publicitada unidad nacional chilena ver: Sergio Grez, *La cuestión social en Chile: Ideas y debates precursores, 1804-1902*, (Santiago, 1997). Para conflictos regionales al interior del ejército ver Justo Abel Rosales, *Mi campaña*, p. 127. Doble Almeida observó que: “Los oficiales del Bulnes refieren que siendo su cuerpo el más violentamente atacado, en particular por los soldados de Santiago que los aborrecían, solo tuvo cinco heridos leves en la prolongada bacanal de aquella noche” (Testimonio de Doble Almeida citado por Vicuña Mackenna, *Historia de la campaña de Lima*, p. 1021).

³⁰ Por “campo intelectual” estamos refiriéndonos al concepto acuñado por Pierre Bordieu, para denominar a la configuración o red de relaciones que se dan en una sociedad a nivel de lo simbólico. Los elementos de dicho campo no solo están relacionados unos con otros de determinada manera; sino que tienen determinado peso y autoridad. De esta manera el campo es el lugar donde se lleva a cabo la distribución del poder cultural. Los agentes del campo son individuos, pequeños grupos, escuelas o disciplinas académicas. (Pierre Bordieu, “Intellectual Field and Creative Project”, *Social Science Information* n.º 8, 1969, pp. 89-119.

libro con el título de *Bajo la Tienda*, el escritor santiaguino desarrolló de manera gráfica la percepción que muchos chilenos tuvieron sobre la capital del Perú. En el cuento titulado “Los Relojitos”, Riquelme señaló que la llegada del ejército a Lima era “la justa recompensa” y “el desquite” por los “tantos sacrificios” vividos por la tropa chilena. Lima-trofeo era para la imaginación de cada soldado “un pedazo de aquel cálido paraíso prometido por Mahoma a sus devotos”. Así, Lima era definida en el cuento de Riquelme como una mujer de cuyo “seno parecían venir soplando sobre todos los corazones, vientos cargados de babilónicas promesas... bocanadas tropicales... abrasadoras y libidinosas como besos de mulata cortesana”. La percepción de Lima como una mujer que esperaba por el hombre que la poseyera y dominara despertaba la “excitación de la tropa”. Antes de la llegada a Lima “se hubiera creído”, afirmaba Riquelme, que todos acababan de obtener de su amada una ansiada cita. Y tanto revisaban las armas como se cercioraban de que hubiera en el fondo de la mochila una camisa medio almidonada. El encuentro entre el ejército chileno y Lima adquirió, para muchos, como veremos más adelante, las características de una cita de amor con una prostituta de lujo.

La razón de la excitación, en torno a la capital peruana, estaba relacionada a las fantásticas historias que sobre Lima circulaban entre la tropa. Una de ellas era que “los hombres se bañaban juntos y revueltos con las mujeres, ligero traje de por medio, y todos aplaudían la franqueza de tal proceder”. Otra era que “las engréidas y rumboas limeñas no usaban calzones y que en camisa dormían la ardorosa siesta en frescas hamacas”. Lima es descrita en muchos de los relatos como un lugar de calores y humedades. Las descripciones de las tiendas y joyerías arrancadas “de un cuento de la Lámpara Maravillosa” sazonaban los relatos que Riquelme recogió en su narrativa.³¹

³¹ Daniel Riquelme, “Los Relojitos” en *Cuentos de la Guerra*, (Santiago, 1931), pp. 67-71.

La especie de Lima como una ciudad pecadora, lujuriosa y frívola no había salido solo de la mente afiebrada de los chilenos en campaña al norte;³² ya muchos viajeros se habían referido anteriormente a ese peculiar tema. Lo que interesa, sin embargo, es explorar cómo los estereotipos prevalecientes se convirtieron en propiedad de numerosos escritores chilenos. Resaltar la femineidad de Lima resultaba un argumento funcional para mostrar uno de los elementos fundamentales en el discurso nacionalista chileno, la exaltación de la propia masculinidad, aquella “virilidad chilena” subrayada en el discurso de Altamirano.

Lima, además de ser una ciudad “orgullosa” y “mujeril” que había venido llevando, hasta antes de la llegada de los chilenos, la vida de “Mesalina”,³³ estaba acostumbrada a entregarse gozosa a los “placeres” que la enardecían.³⁴ Estos placeres estaban relacionados con “la disipación, los bacanales, los amóríos a media noche, las orgías” y todo aquello que había hecho de la capital del Perú el lugar de un “no interrumpido carnaval”.³⁵ Lima no estaba sola en sus tendencias a los pecados de la carne. Callao era percibido, asimismo, como la “sucursal de los placeres de Lima”,³⁶ y el balneario de Chorrillos como “nido”

³² “Lima ha tenido siempre la reputación de ciudad del placer, notable en sus mejores días. La riqueza, la independencia de carácter, el genio alegre, bullicioso, hospitalario de sus habitantes, la belleza de sus mujeres, el fácil acceso que allí encuentra el pasatiempo, han inspirado juicios que emitidos por extranjeros de diversas nacionalidades, la han dado a conocer generalmente bajo tales puntos de vista.” Alberto Benavides, *Seis años de vacaciones: Recuerdos de la Guerra del Pacífico, 1879-1884*, (Santiago, 1925), p. 241.

³³ Justo Rosales, *Mi campaña al Perú*, (Concepción, 1984), p. 36.

³⁴ Oscar Pinochet de la Barra, *Testimonios y recuerdos*, p. 235 en Vicente Holguín, “Correspondencia sobre la toma de Lima” febrero de 1881 en *Revista Chilena*, (Nov-Dic de 1926).

³⁵ Florentino Salinas, *Los representantes de la provincia de Aconcagua en la Guerra del Pacífico, 1879-1884*, (Santiago, 1893), p. 258.

³⁶ Salinas, *Los representantes*, p. 268.

del placer, del regocijo, del vino y de la corrupción”. Era por exhibir dichas características, las de una casi Sodoma decimonónica, que Chorrillos mereció la suerte que le deparó el destino, una suerte similar a la de “las ciudades del diluvio”.³⁷

La situación de Lima como mujer derrotada provocaba lástima entre algunos escritores chilenos: “Pobre Lima soñadora incorregible —dice Daniel Riquelme— caída de los celajes rosados de la ilusión a la realidad de un charco de sangre”.³⁸ Para muchos la razón de este destino trágico era, básicamente, la irracionalidad de Lima, su “fanatismo religioso”, su “rencor mujeril”. “Ella” había vivido “en un mundo de artificio que creaba su corazón ligero y su fantasía tropical”.³⁹ A pesar de que Lima, salvo en los años del fenómeno del Niño, nunca tuvo nada de tropical, se hace evidente la conexión que establecen los narradores chilenos entre Lima y lo exótico-oriental-tropical.⁴⁰ Se pueden encontrar en los relatos numerosas alusiones a Lima como “paraíso de Mahoma”. Esa visión de Lima como parte constitutiva de un fantástico harén —“apacible y arrobadora en tu oriental abandono, dormida al calor de tu propia morbidez” a decir de Florentino Salinas—, aludía a la voluptuosidad, la desnudez, la holgazanería y la hermosura de la capital peruana.

Lima actuaba con los chilenos como una mujer enojada, aunque —como veremos más adelante— finalmente caerá sometida a la virilidad del vencedor. “La gran coqueta”, dice uno de los narradores, “había jurado como las viudas jóvenes que su dolor sería eterno” y aun “como las viudas de la India” hablaba de arrojarse a “la hoguera de su señor”. Su “corazón de mujer” herida era la causa de la “excomuniación femenina” de los chilenos,

³⁷ Lucio Venegas, *Sancho en la Guerra*, (Santiago, 1885), p. 269.

³⁸ Daniel Riquelme, “La Entrada de Lima” en *Cuentos de la Guerra*, p. 188.

³⁹ Riquelme, “La Entrada a Lima”, p. 213.

⁴⁰ Lucio Venegas llega a Lima donde lo esperaban “las delicias del paraíso de Mahoma: el goce, la satisfacción, el placer y el amor [...]” (Lucio Venegas, *Sancho en la Guerra*, p. 297).

y es por ello que reinaba en la ciudad un silencio de camposanto, sin más ecos “que el de nuestras propias voces”.⁴¹ Más adelante, sin embargo, las limeñas, modernas “bacantes” y “expertas en goces sensuales” y orgiásticos, se entregarían a los vencedores “despreciando a sus conciudadanos”, los cuales derrotados debieron de “retirarse abatidos y cabizbajos, como gallos desposeídos de su harén por otros más poderosos”.⁴²

Los hombres peruanos, especialmente los limeños, no se escaparon al proceso de feminización que el discurso nacionalista provocó. Y es que, en palabras de Antonio Urquieta, soldado del Calama, desde la etapa de los Incas los peruanos se habían caracterizado por su afeminamiento. A los peruanos hombres “sin fuerza ni energía”, “les gustaba” y, más aún, les daba “placer” el verse “dominados”.⁴³ Fue tal vez por lo popular de esta aseveración, la de la femineidad de los peruanos, que no sorprende escuchar a Hipólito Gutierrez, humilde soldado del regimiento de Chillán, decir que los indios eran no solo “traicioneros” sino, también, “maricones”.⁴⁴ La descripción de un limeño, hecha por un soldado del regimiento Aconcagua, puede ayudarnos a graficar esta percepción femenina de los peruanos en general:

Un dandy limeño es una dama con pantalones, de trato almibarado y cabellera encrespada, que rara vez fuma por temor a oler a tabaco y ahumarse los dedos; que no bebe sino rossoli y emoliente de yerba buena. Las calles son para él un teatro y los salones escena... Hablad con una de estas criaturas, cuidando de ir suficientemente impregnado de almizcle y agua de Imperio, para no serle repelente, y veréis que con su amabilidad,

⁴¹ Riquelme, “La Entrada de Lima”, p. 213.

⁴² Salinas, *Los Representantes*, p. 263.

⁴³ Antonio Urquieta, *Recuerdos de la vida en campaña*, p. 216.

⁴⁴ Y. Pino Saavedra, *Crónica de un soldado de la Guerra*, p. 11 del prólogo.

finos modales y cadencioso timbre de voz, parece querer enamorarnos.⁴⁵

La referencia a la homosexualidad de los limeños resulta clarísima.

Chile oponía su masculinidad a lo femenino de una ciudad, no solo fascinante, sino, también, caótica, infestada de gérmenes y de “genes de una raza inferior”, una ciudad sucia y descuidada que tenía como Palacio de Gobierno, a decir de otro cronista chileno, “un vergonzante caserón” en el que se hallaban distribuidas como en intrincada Babilonia, “salones y patios erigidos sin orden ni concierto”.⁴⁶ La voluptuosidad y el “lujo oriental” de Lima convivía con elementos de desorden, de suciedad y de caos que debían de ser urgentemente eliminados.⁴⁷ La Oración Fúnebre a los chilenos muertos en Chorrillos y Miraflores, pronunciada por el presbítero Esteban Donoso, se refirió directamente a la oposición entre los “varoniles pechos” chilenos que entraban en “silencio y orden” a una Lima que esperaba agazapada para tratar de “hartarse de su sangre”.⁴⁸ El comentario anterior intentaba poner en evidencia ante el soldado chileno los peligros ocultos que dicha ciudad casi fantástica disimulaba. Y es que Lima, a decir de otro soldado chileno, había estado ocultando, debajo de sus “lujosas galas”,

⁴⁵ Salinas, *Los representantes*, p. 259.

⁴⁶ Salinas, *Los representantes*, p. 253.

⁴⁷ El autocontrol, en la percepción de los hombres es una característica masculina. Las mujeres, por otro lado, así como la naturaleza son impredecibles, desinhibidas y caóticas. Ellas son guiadas por las emociones más que por la razón. La idea anterior tomó cuerpo en la Inglaterra victoriana cuando la “ciencia médica” descubrió que las mujeres estaban inclinadas naturalmente al estado de histeria. Para una discusión sobre este punto ver: Ellen Bassuch, “The Rest Cure: Repetition or Resolution of Victorian’s Women Conflict”, en *The Female Body in Western Culture*, Ed. Susan Rubin Sulieman, (Cambridge, 1986), pp. 143-144.

⁴⁸ Esteban Muñoz Donoso, “Oración fúnebre por los chilenos muertos en Chorrillos i Miraflores” en *Discursos y poesías del Presbítero con ocasión de la Guerra*, p. 7

“úlceras profundas”.⁴⁹ Estas úlceras eran las que estaba decidido a cauterizar el “esfuerzo viril” del ejército de ocupación. Su representante preclaro en esta tarea civilizadora fue Patricio Lynch. Para Riquelme, uno de sus más entusiastas publicistas, Lynch, el hombre que odiaba profundamente a “los borrachos y a los bullangueros”, era el modelo, por antonomasia, de la virilidad, la austeridad y la disciplina.⁵⁰ Su persona era, en palabras de Riquelme, “la persona misma de la nación” o, para abreviar, Lynch era “Chile en el Perú”. Mediante las implicancias aludidas en la estrecha identificación Chile-Lynch, dotó al pensamiento nacionalista de un modelo de héroe civilizador. Así, paradójicamente, el mismo personaje que ordenó dinamitar a las haciendas azucareras del norte peruano, prestó una especial atención al aseo de la desaliñada Lima. En una campaña higienista, continuadora de la que realizó el ejército en San Pedro de Antofagasta, donde a decir de un soldado ahí presente, de un pueblo “semi-bárbaro” se hizo una ciudad,⁵¹ y que dice mucho del discurso civilizador chileno que Lynch intentó corporizar, el comandante en jefe del ejército de ocupación ordenó la destrucción de los basurales que cercaban Lima, asegurándole los servicios de gas y de agua potable, y despejó el mercado de los “asquerosos” chinos que llenaban las calles adyacentes con cocinas “que impregnaban el aire con un olor nauseabundo”.⁵²

⁴⁹ Holguín, *Testimonios*, p. 236. Arturo Benavides observaba que el primer golpe de vista de Lima le pareció espléndido. “Las numerosas iglesias, todas muy elevadas y dotadas generalmente de cúpulas, le daban a mis ojos, y entre las sombras, aspecto casi monumental. Sus calles caprichosas y abundantes en edificios de estilo morisco, mirada entonces a la claridad débil del gas que le disimulaba, como a una vieja sus arrugas, lo que tienen de más chocante es su falta de aseo...”, Arturo Benavides, *Seis años de vacaciones*, p. 242).

⁵⁰ Daniel Riquelme, “Recuerdos del General Lynch” en *Cuentos de la Guerra*, pp. 149-180.

⁵¹ Salinas, *Los representantes*, p. 86.

⁵² Para la campaña higienista de Lynch ver: Riquelme, “La Entrada de Lima”, p. 215. Sobre los chinos, Salinas, p. 257.

Los chinos no eran los únicos percibidos como sucios, feos y portadores de enfermedades no solo infecto-contagiosas sino también genéticas; uno de los narradores los acusó, incluso, de haber degenerado a la raza peruana. Abel Rosales, miembro del Aconcagua, al comentar sobre un grupo de prisioneros peruanos desembarcados en Antofagasta, señalaba: “todos eran feos hasta decir basta, y mugrientos como ellos solos”. El oficial, proseguía Rosales, “tenía una cara de perro preso, cara redonda, ñato, de mal gesto y con ser también feo, era rey respecto a sus paisanos”.⁵³ El discurso nacionalista chileno predicaba, obviamente, la superioridad racial de Chile. Así, de la mano con la afirmación de la superioridad de lo masculino sobre lo femenino, iba otra noción de corte imperialista: la de la superioridad de las razas puras sobre las impuras. El racismo no era novedoso en el pensamiento nacionalista chileno. En 1869, durante una sesión del Congreso donde se discutía la suerte de los araucanos (paradójicamente los antiguos símbolos de la joven nación chilena), Benjamín Vicuña Mackenna defendió su argumento de la conquista violenta del Arauco al afirmar que “según el derecho de gentes, la conquista de los pueblos bárbaros, ociosos y vagabundos era perfectamente legítima”.⁵⁴

Era por lo acendrado del racismo en el discurso narrativo chileno que es posible escuchar a uno de sus representantes sostener: que el roto era “un pan blanco” sino “francés” en medio de aquella “mescolanza de razas con que se había formado el bajo pueblo peruano”.⁵⁵ Los epítetos para describir a los “negros, zambos y cholos” peruanos, todos considerados

⁵³ Rosales, *Mi campaña al Perú*, p. 52.

⁵⁴ Benjamín Vicuña Mackenna, *Obras completas: Discursos parlamentarios*, (Santiago, 1939), T. I, p. 431.

Sobre el racismo durante la guerra véase: Jeffrey Klaiber, “Los cholos y los rotos: Actitudes raciales durante la Guerra del Pacífico” *Sobretiro de la Revista Histórica*, vol. II, n.º 1, Julio 1978.

⁵⁵ Daniel Riquelme, “Las Misas de Lima”, en *Cuentos de la Guerra*, p. 120.

“a la altura de los salvajes de otro siglo”⁵⁶ y exhibiendo características casi-animales: “manga de devastadoras langostas”, “bestias feroces”, “perros hambrientos”, a los que debió de exterminarse “como se hace cuando abundan los perros en las ciudades”,⁵⁷ registran cómo la visión de lo femenino y lo masculino estuvo mediada no solo por criterios sexuales sino también raciales.

Invariablemente las llamadas razas coloniales han sido calificadas como afeminadas y primitivas. Al percibirse lo femenino como un ejemplar de la naturaleza más que de la civilización, lo masculino adquiere la legitimidad necesaria para dominar a las razas caracterizadas como femeninas y salvajes, es decir, en estado de naturaleza. En un importante trabajo sobre el tema, Sherry Ortner ha analizado la asociación simbólica que se da en el discurso masculinizador entre la mujer y la naturaleza. Es siempre parte fundamental del proyecto civilizador, la autora señala, el de controlar y trascender a la naturaleza. Como la mujer y las razas inferiores son elementos constitutivos de la naturaleza, los proyectos civilizadores encuentran normal oprimir a la naturaleza y a los seres primitivos: las mujeres, los indios, los negros, etc.⁵⁸ Paradójicamente será justamente la naturaleza —representada por “las hordas salvajes de indios” y por el temido paludismo—, la que derrotará a los chilenos en la campaña de la sierra.

Los chilenos se percibieron a sí mismos como los creadores de la civilización y los arquitectos del progreso, mientras que los peruanos —representados por Lima— fueron vistos como la manifestación de las fuerzas caóticas de la naturaleza; por lo que se infería que eran ellos los encargados de controlar a un país femenino que por “mujeril” y caótico debía

⁵⁶ Lucio Venegas, *Sancho en la Guerra*, p. 288.

⁵⁷ Urquieta, *Recuerdos de la vida de campaña*, pp. 139-140.

⁵⁸ Sherry Ortner, *Sexual Meanings, the Cultural Construction of Gender and Sexuality*, (Cambridge, 1981). Introducción.

de ser sometido a “la virilidad chilena”. La poesía que citamos a continuación, y que circuló profusamente durante la guerra, refleja las dimensiones simbólicas de las relaciones de género que se establecieron en el discurso de la guerra. Relaciones que, a nuestro entender, constituyeron un eje de desigualdad al estructurar jerarquías y relaciones de poder entre invadidos e invasores:

Bella Lima, ya tiemblas llorosa
Del triunfante chileno en poder
¿Perdón pides? Lo tienes hermosa,
Vive hermosa cautiva a sus pies.⁵⁹

Para concluir, pienso que de los ejemplos anteriores se deduce que la historia de la expansión chilena, valiéndose de conceptos dicotómicos como femenino-masculino, civilización-barbarie, primitivismo-progreso, e incluso —y este es un tema que dejaré para otra oportunidad—, paganismo-cristianismo, tomó las características de una guerra cultural. Lo interesante y paradójico de esta cruzada, mitad erótica y mitad civilizadora, que sirvió de marco a la construcción del nacionalismo chileno, es que desembocó en el horror de Chorrillos. Allí la civilización se trocó barbarie y el amor en muerte. En el acto de poseer y controlar lo femenino y primitivo de Lima, la tropa chilena destruyó una parte importante del encanto de la mujer deseada. Quiero terminar esta reflexión con las observaciones que Daniel Riquelme, uno de los representantes del folletín erótico, hiciera luego de la batalla de Miraflores. Creo que su descripción retrata el sentir confuso de muchos de los participantes en ella:

Ni las brisas de la campaña ni el mar cercano
alcanzaba a barrer los hedores de aquella nevada
de cadáveres... Sintiendo, los soldados, la muerte

⁵⁹ Esteban Muñoz, *Discursos y poesías*, p. 36.

en sus propios cuerpos, la veían además por todas partes; porque en todas partes se descubrían cadáveres asquerosos de hombres o animales, espantosamente hinchados, unos ya comidos en parte, otros mutilados por un culatazo o un golpe de granada... Los gallinazos repletos de comida, coronaban por cuadas los bardales de las tapias, y cuadrillas de perros cruzaban los cañaverales a la carrera. Entre las cañas se podían ver los escombros de los muertos.⁶⁰

El sueño de dominio y posesión chileno había tomado la forma de una horrible pesadilla.

⁶⁰ Daniel Riquelme, *Cuentos de la guerra*, pp. 185-186.